

! REQUETÉS... i

DIOS — PATRIA — REY

Año I - N.º 1 — COMUNIÓN CARLISTA DE CATALUÑA — 8 de Mayo 1942

nº 5414722
... y si España es sanable
a ella volveré
con mis principios.

Carlos VII

OSDOG
FONS
A. VILADOT

Aplec Carlista a Montserrat

Los Requetés catalanes tenían una deuda con la Virgen de Montserrat. Y acaso la Virgen de Montserrat tenía también una deuda con los Requetés catalanes. Tanto en un caso como en otro oia deuda quedó cancelada en un maravilloso día de sol, al conjuro espléndiente de un emocionado día de campo.

Los "aplecs" carlistas a Montserrat cuentan ya con solera y raigambre. En todos los climas, bajo todos los regímenes, los Requetés, como siempre, siguen la misma trayectoria, honrada y recta. Fe religiosa. Amor a la Patria. Lealtad al Rey. Hoy, al Regente. Ni más ni menos significa todo "aplech" carlista.

El de este año a Montserrat tuvo ese sabor popular, hecho de renunciamientos y de sacrificios y de actos heroicos, que imprime carácter.

Ya en los preparativos... Había que romper prejuicios. Había que ganar voluntades. Tierra ingrata; difícil.

Los carlistas saben hacer alegres las molestias mayores. Y así aquellos centenares de tradicionistas que, venidos de los pueblos, quedaron sin acomodo humano, se desparramaron en la noche del sábado, contentos y felices, por varios hogares barceloneses que con hospitalidad cristiana supieron abrirles generosos sus puertas. Casa hubo que albergó a astenta carlistas y aún los estimaron pocos.

A las cuatro y cuarto —en la madrugada del domingo— salió de la Plaza de Cataluña el primer tren especial. Tres cuartos de hora más tarde, el segundo. Ambos repletos hasta los topes. Rebosantes hasta lo indecible. Pero con orden completo. Con organización perfecta. Sin un atropello. Sin el menor incidente. En las estaciones del trayecto, algunas cabezas, tocadas por la airosa boina roja, se asomaban por las ventanillas y proferían espontáneos y simpáticos vivas.

Se rezó el Santo Rosario en todos los departamentos. Y al encotrar los trenes en Monistrol se cantó, unidas en una sola voz todas las voces, el "Virolay".

En el Monasterio —ya en la mañana del domingo— fueron congregándose los excursionistas. Pocas veces se han repartido más sagradas comuniones en Montserrat. ¡Pocas veces! Y eso que los carlistas llegaban después de una noche en vela y en noche cargada de molestias y de fatigas.

Muchos tradicionistas —de los que también fueron a comulgar— se trasladaron a la montaña catalana haciendo el viaje en autobuses. O en bicicleta. O a pie.

A centenares llegaron a pie. En el camino, de los autobuses de linea o de los camiones de carga, se les ofreció un puesto. Pero ellos, en cumplimiento de mística promesa, prefirieron llegar a pie. Y, sin descanso previo, a comulgar.

*Vostre blau mantell es gran,
es més gran que l' estrellada;
puix ne sou Regna gentil.
abrigú la nostra Patria.*

*Vostre blau mantell es gran,
abrigau tota la Espanya,
lo regne de vostre amor,
com un niuet sola l' ala.*

Una vez todos en Montserrat, el acto sujeto a un programa impreso que se repartió profusamente, se deslizó sin incidentes graves. En San Miguel, ante la Cruz que allí se emplazó el año pasado en memoria de los carlistas catalanes muertos durante la Cruzada, se rezó un Responso. Hubo discursos, improvisados y fogosos, llenos de calor patriótico de fe, de heroicidad. Vibrantes como clarines. Secos y tajantes como lecciones. (Lastima de taquigrafos!

La Misa rezada, con elocuente oración sagrada y música y motetes de la Escolanía de Montserrat y el Rosario y la Salve a la tarde, se vieron concurredísimos.

Así como en la ancha explanada de San Miguel fué necesario que la multitud se desparramase por las alturas circundantes, en la basílica se llenaron completamente los pasillos y los altares laterales. ¡Y hubo personas que se quedaron en los claustros!

Y presidiéndolo todo, la Virgen Morena, en un día único milagrosamente de sol. Que la víspera y los días siguientes llovia torrencialmente, y hacia frío. (En cambio, el domingo...)

Unos veteranos de las guerras carlistas dieron continuidad histórica a lacto. Y las rocas milenarias devolvieron una y otra vez el eco de aquellas hermosísimas palabras con que en aquel mismo sitio, hacia siete años, D. Manuel Fal Conde dio el santo y seña de la guerra: "Cuando la revolución se lance a la calle, carlistas catalanes, la orden está dada: ¡A morir y a matar!... Si avanza, seguidme; si retrocede, matadme; si caigo, vendadme..."

¡Aplecs de Montserrat!... ¿Cuántos faltaron a la cita? ¡Cayó Navarro, Díaz, Torralba de Damas, Cañero, Mestres, Colom, Fontanet, Vidal, Torres, Civit, Soldevila, Puentes, Batlló, Riera, tantos y tantos, que estuvieron en 1935 en Montserrat y que fieles a las consignas, supieron morir gallardamente, cara al enemigo! Y aún hay gentes que nos discuten. ¡Será que nos temen!

Y luego, honor al Tercio de Requetés de Nuestra Señora de Montserrat, más que diezmado, aniquilado, al salvar a España de una derrota, que pudo ser clave de otra. Héroes de la defensa de Codo, allí dejaron sin vida a siete oficiales, once sargentos, nueve cabos y ciento diecinueve boinas rojas, superviviendo tan sólo el alférez-médico, dos cabos y cuarenta y un boinas rojas. Se cubrieron de gloria en las tierras áridas de Extremadura. Detuvieron con trescientas bajas el avance rojo Ejércitos. En tierras de Pándols rompieron el cerco e hicieron, al pasar el Ebro, comprometió la suerte de nuestros clérigos volver al enemigo más allá del Ebro. ¡Ni uno solo de su Sección de Choque quedó sin una herida!

¡Honor a los héroes del Tercio de Ntra. Sra. de Montserrat, porque son los que darán "respuesta a quien dudara de lo que son capaces los hijos de nuestra tierra catalana cuando tienen un Ideal por guía y una Virgen hermosa y morena por norte"!

CORRESPONSAL

*Vostre blau mantell es gran,
enmantallau ses germanes,
a Valencia en son verger,
en sa mar l' Illa Daurada.*

UAB
Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General
CEDOC

M. J. Verdúquer.

SINTESIS BIOGRAFICA

Francisco Javier Carlos de Borbón Parma, hija del Duque Roberto de Parma, Plasencia y Gasteiz, que fué hermano de Doña Margarita esposa de Carlos VII, nació en Pianore (Italia) el 25 de Mayo de 1889. Estudió en el Colegio de los P. P. Jesuitas tienen en Feldkirchen Austria, pasando luego a Francia donde obtuvo la carrera de Ingeniero Agrónomo y cursó ciencias económicas y políticas en la Universidad de París. En 1927 contrajo matrimonio la princesa Magdalena de Borbón Bussel, de la que tiene, hasta el momento actual cinco hijos.

El 23 de Enero 1936 suscribió D. Alfonso Carlos un interesante documento por el cual nombraba a su sobrino Francisco Javier Carlos, Regente de la dinastía Carlista.

D. Francisco Javier acompañó a su tío a San Juan de Luz, contribuyendo a activamente a la preparación del Alzamiento y al concurso de los requetes en la guerra realizando varios viajes por España por el extranjero y entrevistándose con los directores del Alzamiento.

Principiada la Cruzada, estuvo D. Javier, por dos veces, en España siendo su estancia larga más en Diciembre 1937, pasando por San Sebastián (donde estaba hospitalizado su hermano D. Cayetano, herido gravemente en el frente donde luchaba como simple requete) Salamanca recurrió Andalucía (entrevistándose en Sevilla con el Cardenal Segura y General Queipo de Llano) y por Burgos salió de España para dirigirse a su castillo de Bostz, en donde actualmente reside.



CONTINUIDAD DEL CARLISMO

Entre las notas más características del Carlismo destaca el ejemplo magnífico e incomparable de su continuidad. Siempre firme en su Credo político y consecuentes sus hombres con un criterio de lealtad aureolada de sacrificios de vida y muerte, mantenida contra todo y contra todos, constituye un caso único en la Historia de España de los dos últimos siglos y una lección admirable de pundonor y honradez, a tantos mercaderes de la política y transfugas de todas las ideologías. Porque este espíritu sublime de continuidad, que es a la vez razón de permanencia y causa de heroicas e históricas grandezas, si supone entereza de voluntad e hidalgado temperamento, es, al propio tiempo, prueba eloquente y palpable de su razón y de que sólo el Carlismo estuvo en posesión de las verdades que pueden

esta continuidad magnífica, en sus doctrinas y en sus y deben salvar a España. viril y seña de su himno oficial: "Por Dios, por la Patria hombres, viene maravillosamente expresada en la letra y el Rey, lucharon nuestros padres; por Dios, por la Patria y el Rey, lucharemos nosotros también". ¡Sí! Esta estrofa vibrante, nacida con calor y espíritu de Cruzada en las cumbres sangrientas del monte Oriamendi, expresa todo lo grande y todo loondo de una Causa, que no puede morir porque está amasada con sacrificios y regada con hasta la muerte al auténtico y verdadero sentido de España, sangre de tradición de generaciones, que juraron fidelidad fia. Y aquella letra, improvisada con toda la fuerza y buen ánimo de unos voluntarios heroicos en una de las más difíciles y gloriosas batallas que integran la epopeya en armas del Carlismo, ha venido transmitiéndose de generación en generación con todo el arraigo y simbolismo de lo popular, y constituyó el marcial grito de guerra en los voluntarios carlistas de las pasadas luchas civiles y la voz de combate de los Tercios de Requetes en la última

ELOGIO AL PRINCIPE

Del Real, Decreto dado en el Destierro, a veintitrés de Enero de mil novecientos treinta y seis por su Majestad el Rey Don Alfonso Carlos Fernández José Juan Pío de Borbón y Austria de Este, por lo gracio de Dios Legítimo Sucesor de los Reinos, Condados, Señorios y demás títulos de las Españas. Caudillo de la Comunión Tradicionalista, secular sustentadora de la Legitimidad.

Instituido con carácter de Regente a mi muy querido Sobrino, S. A. R. Don Javier de Borbón Parma, en el que tengo plena confianza, por representar enteramente nuestros Principios, por su piedad cristiana, sus sentimientos de honor y a quien esta Regencia no privaría de su derecho eventual a la Corona.

No cabe elogio mejor de nuestro amadísimo Príncipe, alma creyente católico práctico, recto, corazón firme, conducto intachable, voluntad inteligente, que ha sabido corresponder a la Real Confianza dentro de erogosos difíciles e ingratos tiempos que corremos, en todos los órdenes.

¡Que Dios nos guarde a nuestro Príncipe Regente para la salvación de España Católica y Tradicional!

Cruzada española, como ha sido si nvariación la norma y razón suprema de todas las actividades militares y políticas del Carlismo.

A esta continuidad que en lo doctrinal ha sido adscripción constante a unos mismos principios, y que en el orden histórico y sentimental ha consistido en una lealtad ineludible a una legítima Dinastía prescripta, se ha sacrificado todo sin límite ni reservas de ninguna clase. Y ello de una manera constante e invariable. Por eso es uno solo el nombre de los carlistas: "los de siempre". Y la postura del Carlismo fluye de ello difusa y transparente: "los de siempre" se hallan en la margen opuesta a aquélla en la que se sitúan "los de todo y de todos".

Tradición de sacrificios que no pide recompensa y que, en cambio, reclama un puesto en el combate bajo cualquier forma en que se presente. Porque el renunciamiento ciudadano de cada día y la abnegación constante, están aún por encima de las acciones heroicas empeñadas en los campos de batalla. Tradición de sacrificios que ni siquiera exige el "triumfo" para su mantenimiento, aunque lo persiga con sus actos, y que solamente pide a Dios, por encima de todo, la gracia suprema de una fidelidad hasta la muerte a los principios de siempre profesados, y que tiene por estimado galardón persecuciones y desdichas, con talde merecer para el momento de la muerte el sudario sagrado, relicario de grandezas y de heroicidades, de la Bandera de Dios, Patria y Rey.

Por eso al cerrar estos líneas y comentario acerca de la continuidad del Carlismo, hacemos nuestras aquellas palabras elocuentes y sobrias del gran Aparisi y Guizarro: "Cuando se pasa delante del Partido Carlista hay que descubrirse como cuando se pasa por delante de la estatua del honor".

El valor de la intransigencia

Una vez más la situación actual con la tremenda acusación de los hechos, actualiza y reivindica la secular posición carlista de mantenerse intransigente en la defensa de los principios. Equidistantes de las dos posiciones erróneas, la de las democracias escépticas fundamentadas en el capricho de las masas gregarias, y la de los absolutismos que lo supeditan todo a un simple arbitrio personal, proclamamos la verdad de los principios inconcusos, de los que el Rey es un interpretador y servidor. Si los reyes son para los pueblos, y no los pueblos para los reyes, con no menos firmeza defendemos que los ideales son la norma suprema e intangible por los que hemos de propugnar siempre, aunque no se ajusten a las conveniencias utilitaristas y particulares.

En un siglo de materialismo, en el que el afán de "enchufe" y "straperlo" encubre enorme inmoralidad, no reconocido por los hombres y en pleno menosprecio oficial, el Carlismo está dando una prueba extraordinaria de vigor ideológico y honradez intachable, que es seguramente una de las páginas más brillantes y heroicas de su historia. Habiendo derramado raudales de sangre en lucha fiera durante la Cruzada y siendo sus más caracterizados promotores, al desvío ideológico del programa que fué punto de enlace para el Alzamiento, no ha correspondido una claudicación más o menos disimulada para acogerse al disfrute de una conquista del Poder tan costosa y sanguinaria. Al contrario, con una dignidad que es el mejor elogio de la Causa, con la misma generosidad con que se ofrecieron vidas y haciendas, se mantiene una genial intransigencia frente a lo que representaría frustrar definitivamente el motivo de la guerra.

Mientras hoy en España cunde el desaliento y el descrédito por todas partes, mientras la Masonería conspira y los viejos políticos para solucionar los desalientos actu-

les invocan el "mal menor" de los desórdenes pasados, solo los carlistas, intransigentes y más carlistas que nunca, proyectan sobre el futuro un rayo de luz. ¡Qué triste destino si el de España fuera volver a las situaciones de antes del 19 de Julio, cualesquiera que sean, o vivir permanentemente en este estado de cosas! Pero no: por especial designio del Señor, se conserva incolmable la reserva del Carlismo, tan celosamente vigilada por los que más han hecho y más han sufrido y ofrecido para la Cruzada.

Esta intransigencia carlista, tan nuestra y tan única, es nuestra gloria y nuestra promesa triunfal. Ni se nos ha eliminado durante un siglo, ni se nos ha absorbido. Somos carlistas. Ni demagogos ni revolucionarios, ni despechados. Creemos resueltamente que solo serviremos bien a la Religión y a España, siendo lo que somos. Por esto no nos podemos trocar y hemos de ser intransigentes.

Si obráramos de otra manera, faltaríamos a la misma lealtad de hombres que debemos a los que nos apremian con halagos y ofrecimientos para doblegarnos. Si así creen servir a España, si la situación actual creen sinceramente responde a la voluntad de los Mártires, lástima que el murmullo aterrador del hambre, del chiste malicioso, de la desorientación reinante, de las contradicciones flagrantes del desbarajuste, no les convengan de otra cosa.

La intransigencia actual del Carlismo es el servicio mejor con que nunca los verdaderos españoles han servido a su Patria. Entre destierros, confinamientos y detenciones, con valentía brava de mártires y recurriendo a todos los medios lícitos, estamos diciendo a los cuatro vientos que nadie puede matar el Tríptico de Dios, Patria y Rey, y que "cueste lo que cueste" estamos cumpliendo nuestro deber. Nuestro deber de ser carlistas; ni más, ni menos.

N. E. T.

Carlitas ¡¡AURERA!!

Por siglos se cuentan en la Historia los años de nuestra existencia. Y más de un centenar son los que pasamos viviendo entre luchas y persecuciones, en un anhelo pleno de alcanzar lo que en la forma moderna hemos dado en llamar el reinado de Cristo-Rey. Contra nosotros se han encadenado tempestades furiosas que intentaban barrernos y aniquillarnos, tempestades que por un momento parecía habían logrado su propósito y que tan sólo han servido para que cuando se dispusieran las últimas tinieblas, mostráramos al mundo nuestra firmeza incombustible al destino.

Sólo tenemos a Dios y sólo Dios es el dueño de nuestro renacer siempre con nuevo impetu y mayor fuerza.

Entre los pliegues del manto celeste de la Inmaculada Virgen María y en los ardores amorosos del Corazón de Jesús hemos hallado nuestra fortaleza. Mirando hacia lo Alto hemos caminado siempre.

Vaigan estas nuestras primeras palabras como ofrenda y promesa al más grande amor que llena el corazón de todo carlista: Jesucristo. Ofrenda a El de todos nuestros pensamientos, palabras y obras, ofrenda de todo nuestro ser, cuerpo y alma. Y promesa de combatir hasta la muerte por su Causa sin desfallecer jamás.

En los anales de la auténtica Historia de España quedan encerradas gestas de Carlistas. Cuando la bandera española hoy trema al aire, sus pliegues llevan en su rojo y en su oro, sangre y valer de los que por ella no temieron enfrentarse ni con el dolor ni con la muerte. Dolor y muerte que no son de un siglo, sino de edades inmemoriales: desde que España es España. Nosotros, colectivamente, formamos la parte incontaminada de la nación, que, pese a todo, sigue aferrada con terquedad santa a la conducta e idea con que los Reyes de la Reconquista, e Isabel y Fernando, Carlos I y Felipe II, rigieron los destinos de nuestra Patria hasta galardonarla con títulos de madre de un nuevo mundo y brazo derecho de la Cristiandad.

Nosotros no hemos claudicado nunca de nuestra hispanidad, ni hemos aceptado sugerencias extranjeras, ni hemos consentido en denigrar lo más mínimo la noble altivez española. No importaba que a nuestra firmeza se oprimieran ejércitos de Napoleón, mesnadas liberales, crímenes masónicos, pactos con extranjeros, terrorismos ateos, olvido, malevolencia... Todo lo hemos resistido y todo lo hemos sufrido. A semejanza de la Santa Hermandad, nada hemos querido para nosotros: "todo para España y ella para Dios".

España: ¡aquí tienes a tus leales!

Nuestro Rey representa algo más que a un monarca. Nuestro Rey no muere. Nuestro Rey está vinculado a una institución real que supone continuidad inflexible de la tarea emprendida. El Rey es el faro providencial que guía

a los carlistas en el camino seguro de la Tradición.

Pero no queremos a un Rey de cortesanos. Queremos a un Rey que sea el primer soldado de España y que como tal esté al servicio de la nación desde el puesto de tremenda responsabilidad que Dios le ha encomendado. Por eso hemos repudiado siempre a la monarquía liberal: porque quitaba del Rey las graves obligaciones a las que tiene el deber de asistir.

Queremos a un Rey tan impregnado de catolicidad y españolismo, tan igual a los monarcas españoles de los aureos días, que hoy, como entonces, al gritar ¡viva el Rey! podamos estar seguros de que co nese grito vitorearemos también a la Religión y a la Patria.

Por eso ratificamos nuestra lealtad a la insobornable dinastía carlista, dinastía legítima de la España auténtica, que hoy está representada, conforme a seculares instituciones españolas, por S. A. R. el Príncipe D. Javier, designado para Regente de España por D. Alfonso Carlos I, último Rey de la legitimidad proscrita.

Y ratificamos también nuestra adhesión incondicional a su representante en España, el Excmo. Sr. D. Manuel Fal Conde, alma y cerebro de la preparación del Alzamiento y mantenedor inquebrantable del auténtico espíritu de la Cruzada.

Y ahora unas pocas palabras de presentación a nuestros lectores.

Cuando tanto se habla de Catolicismo, de España y de su Tradición, nuestra voz de católicos tradicionalistas españoles ha de sonar en la clandestinidad: por ironía del destino o por causa de los que tanto blasfoman de españolismo.

Salimos con el propósito de orientar a los sanos españoles en las cuestiones de actualidad. Salimos para defender la verdad en unos momentos en que la mentira llena legalmente los ámbitos sociales y políticos. Salimos para pregonar a todos los vientos nuestro ideal católico y español de Dios, Patria y Rey.

Y esto ha de dolerles a muchos, más que si tuviéramos millones de hombres armados y dispuestos para la batalla. Pero, ¡aquí estamos! Pidiendo a la Virgen su intercesión y al Sagrado Corazón sus bendiciones. Y saludándoles a vosotros con el grito carlista de guerra que desde las cumbres del Oriamendi lleva ánimo e impetu a los cruzados de la Tradición a través de más de un siglo de combates: ¡Aurrera!

¡VIVA CRISTO-REY!

¡VIVA ESPAÑA!

¡VIVA EL REY!

UAB

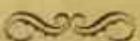
Publicación de Comunicación
Mundo Nuevo General
CEDOC

¡Oh Bandera!



MI postrer saludo en la tierra será a esa gloriosa bandera amarilla y roja, y si Dios, en su infinita misericordia, tiene piedad, como espero, de mi alma, me permitirá desde el cielo ver triunfar, a la sombra de esa sagrada enseña, los ideales de toda mi vida.

Carlos VII (Testamento político)



Dicir que aspiro a ser rey de España, y no de un partido, es casi una vulgaridad; porque, ¿qué hombre digno de ser rey, se contenta con serlo de un partido? En tal caso, se degradaría a sí propio, descendiendo de la alta y serena región donde habita la majestad, y a donde no pueden llegar ristreras y lastimosas miserias. Yo no debo ni quiero ser rey sino de todos los españoles.

(Carta Manifiesto de D. Carlos VII de Borbón (c. p. d.) dirigida a su hermano D. Alfonso Carlos, desde París, a 30 de junio de 1869.)

"Al presenciar desde mi Puesto de Mando el avance más impetuoso, arrollador de los Batallones 1.º y 3.º de Requetés de la 22 División, no he podido por menos de sentirme orgulloso de ser español. Llevo más de 40 años de servicio y he asistido y tomado parte en más de un centenar de combates durante todo el tiempo de mi permanencia en África. He mandado siempre fuerzas indígenas; pues bien, hoy me veo precisado a confesar que jamás he visto ni he mandado una infantería mejor. Vuestro avance no inmediato a las explosiones de nuestra Artillería, sino metidos materialmente entre ellas, os ha permitido llegar a las trincheras enemigas sin dar tiempo a sus defensores ni siquiera a ponerse en pie. Ello ha sido causa del copo total de la guarnición y ello ha evitado asimismo que os hayan podido hacer numerosas bajas los enemigos, pero en cambio, habéis soportado la de nuestra propia Artillería con valor rayano en heroísmo. Que Dios os premie vuestra abnegación y sacrificio, pues los hombres no disponemos de medios adecuados para premiar tan sublime comportamiento. Os abraza y os da gracias en nombre de la Patria. Vuestro General."

(El Exmo. Sr. General en Jefe del II Cuerpo de Ejército en la Orden General del día 29 de marzo de 1938.)

Veteranos

Porque ese es el Carlismo:

Por Dios, por la Patria y el Rey,
lucharon nuestros padres.

Por Dios, por la Patria y el Rey,
lucharemos nosotros también.

